CAJA DE LA ABOGACÍA
Provincia de Buenos Aires

Concurso de LITERATURA

40° ANIVERSARIO DE LA DEMOCRACIA

- **Cuento Corto**
- **Poesía**

Compilado de Obras Ganadoras

CUENTOS CORTOS

Primer Puesto

Obra “Guerrillero”

Autor: Vicente Escorcia

Departamento Judicial: Junín

Segundo puesto

Obra “El Siervo”

Autor: Martín Ricardo Santos

Departamento Judicial: Pergamino

Mención especial

Obra “Galván”

Autor: Matías José De Felice

Departamento Judicial: Mercedes

GUERRILLERO

La mañana del diez de diciembre de mil novecientos ochenta y tres me encontró haciendo kilómetros en la ruta 33 yendo a un campo de la zona de Bahía Blanca, el monitoreo de cultivos era mi trabajo de esa época, tenía que hacer evaluaciones de daños por granizo en algunos lotes. Me había levantado temprano; desde Rojas, mi pueblo, hasta Bahía Blanca son casi setecientos kilómetros y quería aprovechar las horas de luz que me quedaran a la tarde; el día estaba soleado, apenas alguna nube perdida manchaba el celeste del cielo, tampoco había muchos vehículos transitando el camino, era lógico, muchos estarían pendientes del discurso del presidente durante la ceremonia de asunción, un hecho histórico después de tantos años de gobierno de facto. Ya llevaba varias horas manejando, el tanque de combustible y mi estómago reclamaban por una detención de abastecimiento, pasada la una de la tarde una voz conocida se escuchaba en la radio diciendo que con la democracia se come, se cura y se educa, los años me demostrarían que tal afirmación no era del todo cierta. A lo lejos alcancé a divisar la silueta de una estación de servicio, por fin, no había muchas en esa época. Ahí fue donde encontré por primera vez a Juan Hernández, en realidad era la segunda vez que lo veía, pero yo todavía no lo sabía. Mientras cargaba combustible dije como para entablar un diálogo:

- Buen día amigo. ¿Mucho viento no?
- Si. Mucho viento.

Pensé para mis adentros, es de pocas palabras el hombre. Pagué y seguí viaje. Es que lo mío había sido muy obvio. El sur de la provincia de Buenos Aires no existiría sin viento, pareciera que el viento fuera una decoración más del paisaje. Si lo sabía yo que había estado un año y cinco meses haciendo la colimba en Bahía Blanca. Recuerdo cuando en marzo de 1978 salimos del Comando de Artillería 101, la guarnición con base en Junín y nos subieron a un tren de vagones verdes que decía Ejército Argentino, – en ese momento mis incipientes estudios de la carrera de derecho en la Universidad Nacional de Rosario entrarían en una larga pausa- parece que todo en el ejército era verde; salimos rumbo al sur sin que nos dieran ninguna información, solo habíamos escuchado comentarios que decían que el tren llegaba hasta Zapala, así que hasta ahí

podíamos llegar, las ventanillas estaban cubiertas, no podíamos ver por donde íbamos; medidas de seguridad, nos dijeron; eran tiempos difíciles, no hubiera sido la primera vez que una formación recibía disparos. Cuando llegamos a Bahía Blanca el tren se detuvo, a unos cuantos nos bajaron y nos llevaron en camiones a la sede del Comando del V Cuerpo del Ejército. Ingresamos por la guardia donde había una casilla y una barrera, nos formaron en líneas de a tres y caminamos en un remedo de formación, marcando el paso por una calle asfaltada, donde a lo lejos, a unos doscientos metros, se podían ver edificios, luego nos enteramos que eran las cuadras donde viviríamos los próximos meses. Lo que entonces desconocíamos es que ese lapso de permanencia bajo bandera se extendería más de lo previsto como consecuencia del conflicto con Chile por el Canal de Beagle; en diciembre de ese año movilizaron a dos tercios del personal del Comando del V Cuerpo de Ejército hacia el sur del país. En inmediaciones del Canal, aunque nunca se confirmó oficialmente hubo compañeros que mantuvieron enfrentamientos terrestres armados intercambiando disparos con patrullas chilenas, estuvimos muy cerca de una guerra, pero eso es parte de otra historia. Los primeros cuarenta días fueron de instrucción en manejo de armas y tácticas de combate. Un tío que había servido en el Regimiento de San Nicolás me había advertido: "pasa desapercibido, no te destaques en nada y vas a estar bien"; con dieciocho años y próximo a cumplir los diecinueve ni me acorde de ese consejo, acostumbrado a vivir y trabajar en el campo, de muy chico salía a cazar y a los quince años mientras cursaba la escuela secundaria ya me destacaba en tiro, que era una materia obligatoria por ese entonces, los sábados durante el cursado de estudios secundarios íbamos al Polígono de Tiro General Alvear en Rojas donde practicábamos en tres posiciones, cinco disparos por tanda con viejos Mauser de mil novecientos cinco; solo los avezados tiradores, gente grande y con muchos años de práctica podían competir conmigo en los ciento cincuenta metros, no fue sorpresa entonces que al disparar con los FAL y una vez concluida la etapa de entrenamiento hubiera quedado en el grupo de francotiradores de la Compañía de Telecomunicaciones 181, mi destino de entonces, eso me valió el otorgamiento del grado de dragoneante al finalizar la instrucción, la consecuencia de esto es que al salir de baja en junio de mil novecientos setenta y nueve era suboficial de reserva, y ahí iba yo caminando por el cuartel con mi flamante tira roja en forma de V cosida en la manga, cada vez que lo recuerdo me asombro de mi estupidez. En abril de mil novecientos ochenta y dos cuando recibí el telegrama informándome que

estaba convocado con el grado de cabo de reserva y en lista de espera para ir al Teatro de Operaciones Malvinas maldije haber sido tan eficiente durante el periodo de instrucción, pero ya era tarde, afortunadamente para mí, convocaron conscriptos hasta de la clase inmediata posterior, no tuvieron tanta suerte los amigos y vecinos que estaban en el ARA GENERAL BELGRANO, de tres que fueron volvió solo uno, y tan afectado psicológicamente que seguramente hubiera preferido quedar en el medio del Océano Atlántico. A fines de mil novecientos ochenta y cuatro me hallaba nuevamente yendo a trabajar en el sur de la provincia de Buenos Aires, viajaba varias veces al año. Pocos meses antes, en septiembre, se había publicado el reporte oficial "Nunca más", también conocido a nivel mundial como el "Informe Sábato", que presentaba testimonio y detallaba los crímenes cometidos durante uno de los períodos más oscuros de nuestro país. Leí ese libro con avidez en muy poco tiempo, en parte porque fue escrito por Don Ernesto, como conocemos a Sábato en mi pueblo, donde nació y vivió en la casa que aún conserva su frente y fue declarada patrimonio histórico, y también porque me identificaba con algunos hechos que relata el libro y que me contaron en algún momento como partícipe activo. Me detuve en la estación de servicio donde paraba habitualmente, ahí encontré nuevamente a Juan Hernández.

- Buen día ¡¿Viene por trabajo? –Se ve que tenía ganas de charlar-
- Si amigo –respondí- Y también voy a visitar los cuarteles donde hice la colimba. –Ni bien dije eso frunció el ceño y dejó de hablar- ¿Conoce el lugar?
- Si. Algo conozco. –respondió muy serio –
- ¿Hizo el servicio militar ahí?
- No. Estuve en "La Escuelita".

En ese momento un escalofrío me corrió por la espalda. "La Escuelita" fue el principal centro de detención clandestino del sur de la provincia de Buenos Aires, se encontraba al noreste de la ciudad de Bahía Blanca en el barrio de Villa Floresta detrás de los cuarteles del Comando del V Cuerpo del Ejército. La investigación de la CONADEP determinó que por ese lugar pasaron decenas de activistas detenidos que desaparecieron o fueron fusilados; los informes oficiales dijeron que el lugar funcionó hasta mil novecientos setenta y siete como lugar de paso de quienes eran detenidos acusados de actividades subversivas para luego proceder al fusilamiento

simulando un enfrentamiento o directamente a su desaparición, pero nosotros sabíamos que en el setenta y ocho ocasionalmente llevaban a algunos que nunca volvíamos a ver. Los recuerdos llegaron de golpe y me transportaron al domingo veinticinco de junio de mil novecientos setenta y ocho. Apenas pasado el mediodía me asignaron el puesto de guardia en "la cisterna"; aunque mi destino habitual era en las oficinas, por la falta de personal hacía relevos de guardia bastante seguido; la cisterna era una construcción en el fondo del cuartel con un enorme tanque que proveía de agua a todo el Comando del Quinto Cuerpo. Durante los días de instrucción habían sido muy claros al inculcarnos que de ser atacados por "subversivos" como llamaban entonces a quienes integraban el Ejército Revolucionario del Pueblo y Montoneros – grupos paramilitares enfrentados al ejército por ese entonces- el objetivo de "la cisterna" sería prioritario. Alrededor de las dos de la tarde llegó un Unimog –camión mediano muy utilizado por el ejército en esa época- del que descendieron dos suboficiales de la policía militar y un detenido con la cabeza cubierta por una capucha negra, las manos atadas con precintos a la espalda. Debajo del pantalón de jean y el buzo rojo se adivinaba un cuerpo menudo, esmirriado y tembloroso. Lo llevaron al interior de un endeble refugio que estaba a unos cincuenta metros de la cisterna, "la matera" le decíamos, porque la usábamos para resguardarnos y tomar unos mates cuando llovía o el viento arreciaba, incluso a veces encendíamos fuego en el interior para calentarnos o para cocinar algo. Me ordenaron ir al interior del viejo galpón, piso de tierra, oscuro y sin ventanas, que sólo tenía una puerta sin cerradura con la única seguridad de un pasador interno. En ese momento uno de ellos ordenó:

- ¡Cargue ¡-cumplí la orden sin titubear-, el ruido del cerrojo del FAL retumbó en el ambiente cerrado, las órdenes se cumplían sin hacer preguntas, y más cuando venían de un PM como conocíamos entonces a la Policía Militar, cuerpo muy temido por los soldados.

- ¿¡Apunte¡-me ordenaron señalando al pobre tipo- En ese momento esperé la fatídica orden de disparar, lo que hubiera hecho sin dudar. Pero no, en lugar de eso dijo:

- Queda a cargo del subversivo, si se mueve dispare.

Dicho esto, se fueron rápidamente. Cuando salí de mi asombro recordé que era el día de la final del mundial de futbol, Argentina jugaba con Holanda, nadie quería perderse ese partido y ya eran casi las tres de la tarde, hora de comienzo del encuentro. Pasaron dos horas y el "subversivo" no se había movido ni un centímetro. Según mis cálculos en poco tiempo me relevarían, lo que no sabía entonces es que el partido final había ido a un alargue y finalizó casi de noche. Cuando ya era noche cerrada escuché el ruido de un motor y vi la silueta un camión que a unos cuantos metros dejó al guardia en la cisterna, nadie se acercó a la matera; debía ser porque la noche no estaba tan fría, y cosa rara, casi no había viento; la luna nueva no permitía ver sino a unos pocos metros. Pasaron tres horas, tenía necesidad de ir al baño, pero no podía dejar ahí al prisionero, entonces no me quedó otra:

-¿Tengo que ir al baño, queres venir? –le dije como si el tipo pudiera elegir que hacer-. Le liberé las manos y al sacarle la capucha pude ver su rostro, estaba muy lastimado, el pelo enrulado y sucio le llegaba hasta los hombros, era un pibe de mi edad, me dio mucha pena, no se parecía a los peligrosos subversivos de los que nos habían hablado. Cuando volvimos al interior encendí dos cigarrillos –en ese entonces fumaba mucho- y le pase uno; fumamos en silencio hasta que me animé a preguntarle porqué estaba ahí; me dijo que cuando salió de la escuela –estaba terminando la secundaria en el turno de noche- unos compañeros que apenas conocía le dieron unos papeles para que los llevara hasta otro lugar, para no pasar como miedoso aceptó, en eso estaba cuando fue interceptado en la calle por una patrulla, al revisar la mochila descubrieron los papeles, resultaron ser panfletos que criticaban al gobierno militar –fue el comienzo de su calvario-, el paso por "La escuelita" era un trámite, su destino estaba sellado. Consulte mi reloj por enésima vez, era casi medianoche, ya habían relevado dos veces al guardia de la cisterna y nadie se había acercado a la matera. No podía apartar de mi mente que el pibe estaba condenado y seguramente sería torturado antes de morir. Entonces tome la decisión. Levantate –le dije-, salimos y fuimos a la parte trasera de la construcción.

- ¿Ves aquellas luces? –le indiqué señalando al norte- Son los autos que van por la ruta 33, está a mil metros cruzando campo, desaparece hasta que se olviden de vos. No dijo palabra, salió corriendo y se perdió en la oscuridad. Enseguida

comencé a elucubrar ideas sobre que iba a decir cuando me preguntaran por el prisionero. Al amanecer aparecieron dos suboficiales de la PM.

- ¿Qué hace acá soldado? –me interrogaron con malos modos-

-Estaba custodiando a un prisionero hasta que hace un rato vino una patrulla de gendarmería, se lo llevaron y me ordenaron que permanezca hasta que me releven –los gendarmes eran los que habitualmente trasladaban a los detenidos de "la escuelita"-.

- ¿Por qué lo entregó? –en ese momento me puse nervioso, pero respondí con firmeza rogando que los latidos que iban a mil por hora no se evidenciaran en mi voz-.

-Yo cumplo las órdenes, mi sargento, nunca las cuestiono.

-Siempre lo mismo, ¡estos nabos se manejan como quieren y no informan nada ¡–se quejó–. Por mi trabajo en las oficinas sabía que no había buena relación entre distintas fuerzas y que la comunicación no era la mejor. Dicho esto, se fueron sin decir palabra, respiré aliviado y salí con rumbo al cuartel para ver si podía conseguir algo para comer en la panadería, estaba cansado, pero ni pensar en dormir un rato, durante el día en la cuadra solo podían estar los que cumplían imaginaria y uno que otro con parte de enfermo. De mas esta decir que nunca le conté a nadie sobre mi aventura el día de la final del mundial 78 y del prisionero que había estado custodiando.

De pronto la voz de Juan Hernández y su mano tocando mi hombro me alejaron de mis pensamientos.

- ¿Qué le pasa amigo, está bien? –me preguntó con cara de preocupación-

- Si, todo bien. Es que una vez conocí a alguien mientras cumplía el servicio militar, –decidí contarle la historia, total, ya había pasado mucho tiempo- era un pibe vestido con jean y buzo rojo, lo vi el día que se jugó la final del mundial del 78… -detuve el relato porque sus ojos se llenaron de lágrimas-.

- ¿Qué, lo viste alguna vez?

-No lo vi, es que hace unos años estuve detenido y hubo un soldado que me custodiaba y me dejó escapar, si no fuera por el no estaría acá, nunca pude agradecerle.

No hubo más palabras, me estrujó en un abrazo apretadísimo, fraternal, interminable. Acordamos seguir charlando más tarde. Él tenía que terminar su horario y yo debía continuar con mi trabajo. Algunas horas después en la estación de servicio dos tazas de café fueron los únicos testigos de la historia de Juan Hernández. Cuando pudo llegar a la ruta la madrugada del 26 de junio del 78 un camionero lo llevó hasta la entrada de una estancia donde unos conocidos de su familia le dieron refugio y trabajo como puestero, no le fue difícil permanecer varios años en el anonimato, –los medios de comunicación no eran como los actuales-; conoció a la hija del encargado de la estancia, se pusieron de novios, aun hoy es su esposa. Quedamos en encontrarnos durante el próximo viaje que yo hiciera al sur para conocer a sus hijos y nietos. Los viajes se repitieron durante los siguientes diecinueve años, algunas veces charlábamos mucho y en otras oportunidades íbamos a pescar y permanecíamos horas en silencio, hay ocasiones en las que las palabras sobran.

Hoy, en noviembre de dos mil veintitrés, me encuentro nuevamente viajando hacia el sur de la provincia, no para trabajar en el campo, me recibí de abogado en dos mil dieciocho –concreté mi vocación que había quedado trunca cuando me toco la colimba-. Cuando vea a Juan lo voy a saludar con un "qué haces guerrillero", solo para que él me responda "otra vez por acá soldado". Como cada vez que hay elecciones cumplimos un ritual, voy a votar temprano en mi pueblo y enseguida salgo hacia Bahía Blanca para ir a votar con Juan y después comer un asado para festejar, es que los dos sabemos lo que costó tener la posibilidad de poner esos papelitos en una caja, que como decimos siempre, no es un derecho ni una obligación, es un acto de fe, con la esperanza que algún día encontremos a alguien honesto que saque al país de la situación en que se encuentra. Así será mientras pueda viajar a ver a mi amigo Juan "el guerrillero".

Fin.

El Siervo

Una cucaracha entró por debajo del hierro planchado que parecía pegado al piso. Apenas se metió diez centímetros y se frenó. Le debió dar asco el olor a chivo, el polvillo pegoteado contra la humedad de las paredes, la nube de resentimiento que hasta se podía tocar. O capaz que no le pareció digno quedarse ahí entre tanto fracasado. El tema es que se dio vuelta rápido y volvió pasar por donde parecía que no había lugar. A Cristian le dio envidia.

El oficial le preguntó qué le pasaba. Nadie quería irse de la comisaría al penal, todos demoraban el traslado porque los llevaban lejos y tenían miedo a que se los cojan o los caguen a palos. Dijo que ahí estaba mal y que si no lo sacaban se iba a romper la cabeza. Estaba agarrado de las rejas, ya tenía el mono armado. Era lo que había arreglado con los dos pintas que lo apuraban en la celda. Si hubiera podido pasar comida o puchos o ropa como ellos le pedían, sería distinto. Pero afuera no tenía nada.

El pibe le había pedido que no lo llamara más porque le hacía mal, que cuando tuviera ganas le iba a escribir. Había insistido. A los amigos les había escrito dos cartas. La primera se la hizo llegar a Rodo, a través de Claudia, la de la iglesia, que lo había reconocido en una de las visitas que solía hacer.

> «Hola Rodo. Soy Cristian. Por favor hermano no me dejen tirado ya se que estoy aca por culpa mia. Mucha angustia, estoy triste y desesperado. Tengo para un rato largo. Necesito puchos y comida y tu celular por favor. Abrazo».

La segunda carta no tenía menos error de ortografía ni agregaba más que culpa.

Unos meses antes, ni bien se enteraron de que había cobrado la indemnización, los pibes le habían dicho que se fuera de donde estaba. Ofrecieron ir a buscarlo y no quiso. Se cansaron. Después de eso, era verle el culo a un desnudo: la mina no era normal, tenía una familia de mierda y cuando se quedara seco lo iban a echar a la mierda. Cuando lo denunciaron para sacárselo de encima, a los pibes no les importó si era verdad o mentira, habían decidido que la ayuda que él pedía se la iban a dar al

hijo. Todavía andaba derecho, si se concentraba en el laburo hasta podía estudiar algo. Y lo más esperanzador era que a Cristian no quería ni verlo. Ya no le atendía el teléfono ni le contestaba los mensajes.

Afuera no tenía nada. Adentro lo apuraban. Apareció el comisario, con cara de desconfiado. Lo sacó al pasillo y simuló no saber. La respuesta fue la misma. Le preguntó si estaba seguro. Cristian volvió a decir, con un tono que traslucía más miedo que amenaza, que quería hablar con su defensora. El comisario le prometió que al día siguiente. «Le tomo la palabra, porque si no, me reviento». «Si te lastimás vas a tener problemas». «Usted también». El comisario le dijo que no iba a volver a la celda, que se iba a quedar en los buzones.

El día que lo fueron a buscar le avisaron que iba para Barker. Entre las comisarías de San Clemente, Santa Teresita y la última, la de Mar de Ajó, habían pasado cuarenta y cinco días desde la noche que la piba había llamado a la cana. No la culpaba. Él había hecho todo bien con ella y su hermano, pero ella tenía miedo de que a la madre la cagaran a palos como habían hecho los anteriores. «A la gorda tampoco la culpo, a mí nadie me puso un revolver en la cabeza para quedarme ahí. Yo ya sabía que era mala, pero solo no puedo andar», me dijo la primera vez que me llamó. Me juró que esa vez no le había hecho nada. Trataba de pensar en todas las oportunidades de salir de ahí que había tenido: se había quedado por miedo a estar solo. Me contó cosas que ya sabía. En agosto lo habían rajado del laburo: lo arreglaron con un palo y medio. Tiempo atrás me había llamado. Le había redactado un par de cartas documento y había logrado que lo reincorporaran después de la primera vez, la de Pinamar. Esta vez no me pidió ayuda. Cobró y, en lugar de usar la guita para volver a Mar de Ajó y acomodarse, como le decían todos, se fue a vivir con Reyna y sus dos hijos. No les hizo faltar nada. Los vestía, les compraba Coca y los llevaba a comer todas las semanas. Ella no laburaba y tampoco le daba como para calcular que a ese ritmo no les iba a alcanzar mucho. Estaban todo el día al pedo. Se emborrachaban sin planearlo. La más grande había empezado a salir con un pibe y una de esas noches se quedó a cenar. Cristian compró una falda deshuesada, un poco de pan, lechuga, tomate. Le preguntó al pibe, que pasaba un porro, si tenía alguna onda para comprar falopa. El que tenía la movida vivía a tres cuadras y a él le quedaba un resto. Reyna las quería hacer todas y Cristian nunca decía que no. El de la moto pasaba, se encerraban. Un par de veces se pudrió

todo y él, en lugar de ir a parar a algún colchón en Mar de Ajó, se fue a un hotel ahí en San Clemente para volver a empezar al otro día. Después de llevar a los pibes al colegio cogían y ya no quería salir, no se podía ir. La guita volaba. Cuando le venía el bajón, se arrepentía por haber perdido el camino de Dios. Reyna se le cagaba de risa. Le decía que era un infeliz, que a la iglesia iban los mogólicos a que les saquen la guita. Delante de la gente se ponía más mala. «Este boludo es testigo de Jehová», lo señalaba. Él se quedaba en el molde. El padre de ella también se reía. Se bajaba el vaso de ferné y le pedía otro. Le mostraba el vaso vacío y él se paraba. Si alguien decía que faltaba hielo o se les antojaba tomar otra cosa o Reyna quería comer algo dulce, el viejo se sacaba las llaves de la camioneta del bolsillo, las tiraba arriba de la mesa y lo miraba fijo. Cristian se paraba como un nene que no tenía opción, agarraba la Ford e iba a comprar lo que faltaba.

Cuando se murió el tío de Reyna en Don Torcuato, a ella le agarraron ganas de ir al velorio a las dos de la mañana, le gritó para que se levantara y fuera a pedirle la camioneta al padre. Llovía. Ella le dijo que no sea hijo de puta, que saliera igual, que eran cinco cuadras. Se mojó todo. A la vuelta pasó a buscar una bolsa para salir a la ruta tranquilo. Ella lo estaba esperando con la puerta abierta, tenía al más chico a upa, dormido, envuelto en una frazada. Le dijo que arrancara. Viajó con la ropa húmeda, tosiendo y fumando y metiéndole al paf que nunca podía faltarle. Después del peaje se tomó unos puntazos directo de la bolsa, ella dormía. Fueron derecho a la sala. Cuando ella se despertó lo puteó porque no había más falopa. Estuvieron una hora y de ahí en lugar de ir para el entierro fueron para la casa de un primo que se subió con ellos a la chata. Reyna se le sentó a upa y le dijo que arrancara. Dos semanas más tarde hizo ese camino, solo y en bondi, para ir a buscar.

La oportunidad más clara que tuvo de irse fue cuando a Reyna la internaron por una peritonitis. Aunque de la guita quedaba poco, fueron dos días tranquilos. Ahí pensó por primera vez que la gorda le estaba haciendo mal. A ella la sacaron de terapia intensiva antes de que tomara alguna decisión. La pasaron a una habitación común, donde necesitaba que alguien la cuidara de noche. Dormía casi de corrido, pero estaba hecha mierda. A la mañana, él le pasaba la chata y después la limpiaba y la ayudaba a reclinarse. Si no hubiera tenido que llevar a los pibes al colegio, ella lo habría obligado a quedarse también de día.

«Ya estaba preso: afuera, pero preso», me dijo cuando le pregunté más detalles sobre esa relación. La gorda le pagó mal y él recién se enteró la primera noche en la casa después de salir del hospital. Le sonó el celular y ella le pidió que se lo alcanzara. Lo que más le molestó del mensaje fue que lo trataba como a un amigo que había conocido en Facebook. Eso era de mala gente. No se jugaba así con las personas. Le dieron ganas de matarse. Pegó un portazo. Para cuando lo alcanzó el patrullero ya había caminado unas diez cuadras sin saber hacia dónde. Se subió a un Toyota con patente nueva, hecho verga como el que lo sacó de la comisaría de Mar de Ajó semanas después. Había imaginado su traslado varias veces.

Salió con las manos para atrás y estuvo parado al lado del auto cinco minutos interminables. Tuvo vergüenza de que pasaran y lo reconocieran, de que lo ignoraran, de que lo saludaran, de que le preguntaran. Sacaron a otro más, que había estado en la celda con él. Tenía la boca rota, sucia de sangre. Los subieron a los dos atrás. Preguntó si le iban a soltar las manos y se le cagaron de risa. Cinco horas tardaron. Iban escuchando cumbia y su deseo más fuerte era que le cebaran uno de los mates que los poli se pasaban. Barker. No conocía Barker. Sabía que quedaba pasando Tandil. La última vez que había ido para ese lado había sido para el último recital del Indio.

Estaba cagado en las patas. En la leonera era solo un trámite pero parecía de vida o muerte. Estuvo un par de horas. Era un lugar grande, frío, sin nada en las paredes. Lo recibió la jefa. Debía tener cuarenta y cinco años. Llevaba un pantalón azul, camisa blanca y mocasines negros. Tenía las uñas comidas, los labios ajados y los dientes amarillos. La falta de tintura le separaba la cabeza en dos mitades perfectas. Tenía olor a pucho. Le preguntó qué quería, dijo que estudiar, trabajar, estar en un pabellón de la iglesia para volver al camino de Dios. No quería quilombo. Le preguntó si fumaba, dijo que sí. Lo subió a la nueve, la de la iglesia. En la Celda 3, lo recibieron los de limpieza. Ahí lo aceptaron y le dijeron no se fuma, no se roba, no se grita y no hay peleas. Le revisaron toda la ropa, le preguntaron si llevaba una faca y le dieron un lugar en el piso, donde durmió sobre un par de frazadas durante dos semanas. Después fue bendecido y lo mandaron de siervo de la celda seis. Se sentía solo como nunca, sobre todo los fines de semana porque no los dejaban salir al patio porque no había guardias para cubrir los turnos. Pensó en la vieja que se había culeado en Tandil, la noche del recital. Pensó en cuando las viejas de Buenos Aires lo llamaron para decirle que

sospechaban que era uno de los hijos que estaban buscando, que había muchos indicios, como que lo hubieran anotado en una fecha patria. Le había dado paja subirse a un bondi así que no les dio bola en aquel momento pero ahora por primera vez se arrepentía de no haberse hecho el ADN. Se acordó de su mamá, parada contra el marco de la cocina, con un pucho en la mano: si no servía para otra cosa se iba a tener que meter en la colimba, que por lo menos le iban a dar de comer un año, le iban a emprolijar el pelo de indio ése que tenía, le iban a dar ropa y qué se yo qué más. El lloró pidiendo que no lo mandara, que no se la iba a aguantar. Y además le iba a ayudar a hacerse un poco hombre, le dijo ella.

Hablé dos veces más con él. La primera, me pidió un consejo. La defensora le había propuesto firmar un abreviado. El fiscal ofrecía un año, quizás hasta se la podían bajar un poco. Ya había cumplido cuatro meses e ir a juicio era un riesgo. Me contó que estaba haciendo un curso de marketing. La segunda, lloraba. El lunes salía, pero afuera no tenía nada. No había recibido ni una visita, le había caído esa ficha. ~~Q~~uería volver a Dios, buscar un laburo, acercarse al pibe. Quizás los primeros tiempos le convenía irse a la casa de la hermana, en las sierras. Tenía miedo, no quería a estar solo. Le dije que si podía lo iba a buscar. Me agradeció tres veces. Al final le mandé un remís. Llamé a una agencia de ahí y le hice una transferencia para pagar el viaje y que le den un vuelto. Le alcanzaba para morfar un par de días, pagarse el bondi. Me dio culpa no darle más.

Recién pude hablar con el remisero un par de semanas después de aquella mañana. Ya había contado todo varias veces, no le puso mucha garra. No había llegado a tiempo porque el auto se le había quedado. Cuando lo mensajeó para avisarle que estaba demorado, Cristian le dijo que él podía caminar hasta la estación de servicio a esperar el otro coche. Y al rato lo vio. «Me di cuenta que era él porque andaba con una bolsa echada al hombro y caminaba desconfiado, sin costumbre. Estaba a unos cien metros. Yo le iba a hacer seña pero no miraba para adelante, el hombre. Se paró como si fuera a cruzar la ruta, ¿vio? Y cuando vi el camión, la verdad es que pensé que le iba a hacer dedo. Me di vuelta un segundo y ahí fue que escuché el bocinazo y cuando miré, el acoplado ya venía de costado.

Fin.

GALVÁN

Galván, argentino, 47 años, clase 62, está tendido nariz arriba mirando el celaje, rendido ante la calma, cansado de dirigir sus pasos. Con la cara quieta, el vientre hundido como queriendo tomar una bocanada de aire. Los pulmones aprietan las costillas, los brazos están igualmente estirados y abiertos. Tiene un gusto extraño en la boca. Una especie de bufanda húmeda y marrón le separa el pecho de la pera de barba rala. Con sus ojos solo enfoca el cielo. En su vista al infinito hay una hilera de árboles en cada extremo enmarcando el albiceleste, que es lo único que puede ver. No puede erguirse, no quiere flexionar las rodillas, no quiere sentir la tierra debajo de sus pies. Está bien así, acostado, solo y con el viento que mueve las ramas y también parece moverlo a él; los árboles son sauces. A la tarde le queda poca cera.

Era de noche cuando llegó de vuelta a su pueblo dos días atrás.En su reloj era de día. Era su pueblo porque allí había nacido y vivido los primero dieciocho años de vida, una localidad de casas pequeñas y prolijas, árboles pintados, tractores estacionados en la puerta del almacén, silos de granos gigantes que se veían desde lejos, tanques de agua, irlandeses con boinas... La última vez que había pisado su tierra había sido cuando había regresado del Atlántico frío: sin medallas, con una chaqueta verde camuflada y suelta, con tres agujeros nuevos en el cinto y una hebilla más pesada.

Después de bajar del micro de dos pisos en la austera terminal, caminó como recuperando la memoria a cada paso. Todavía estaba oscuro, la claridad era un indicio y no habían apagado las luces del tendido público, que se bamboleaban en los cables que cruzan las esquinas. Caminó adentrándose en el pueblo. La niebla le envolvía la cabeza con una tristeza que lo llevaba del cuello, que lo arrastraba con una traílla. Llegó a la casa de sus difuntos padres. En el pasado la había visto llena de gentes; en esa casa hubo cumpleaños. No entró (los muebles no lo recordarían), miró por un rato el frente descascarado, las plantas en la cornisa, y se sentó en el cordón de la vereda. Era hijo de un ferroviario que había perdido el sentido y de una costurera que bordaba prendas y que esperaba a cambio recibir un dedal de oro.

Ahora, acostado, casi ni recuerda qué hizo desde que volvió a su pueblo dos días atrás. Solo ejerce la vista vacía, atrapa imágenes como una linterna que se olvidó encendida.

El curso de su río interno pierde el rojo sangre; ahora es leonado y espeso cauce de miel de abejas de hierro, encadenadas. Ahora su corazón se desinfla. Sus venas se enfrían como la mar del sur. Mira las nubes formarse y marchar por el cielo, cree escuchar truenos.

Cuando, dos días atrás, decidió alejarse de la casa de sus padres y reanudó el andar, marchó esta vez hacia el centro. Apenas se escuchaba el eco de la percusión de algún par de pasos: algún motor de automóvil muy lejano, el funcionamiento de algún transformador de energía eléctrica y algunas voces cuando pasó por la cuadra de la panadería… ¡Nadie!, como cuando en 1982 había regresado a escondías mientras la gente hacía trámites bancarios y comentaban al pasar sobre noticias del Sur.

Ahora que está tumbado solo ve pasar pájaros grises; algunos tábanos que quieren aterrizar en su frente lo merodean. En el atardecer sabe que está el rojo sol, pero sus ojos altos no pueden ver cómo es capturado por el horizonte: lo sabe porque la tarde ahora se torna violeta. Sus oídos están tapados y el silencio retumba mezclándose con el ruido tardío de una avioneta que pasa, que se mezcla con las llamadas de los chimangos. No quiere incorporarse, sigue con los brazos abiertos, como estaqueado a voluntad, con los pasos pétreos. Mira el espacio y la fila de árboles a cada lado.

Ya no recuerda que hacía dos días, errando recién llegado, cruzó la plaza principal del pueblo. Había un hombre antiguo sentado en un banco con una radio y tenuemente oyó en la voz de Goyeneche el tango *Desencuentro* ("creíste en la honradez y en la moral: qué estupidez"). Un perro que escondía una baldosa con su hocico levantó la mirada a su paso. Vio en diagonal la casa de Carla y se acordó cómo la risa de esa joven alborotaba sus músculos faciales en el colegio. El repentino accionar de los frenos de aire de un camión 1114, que se detuvo a dejar alimentos en un bar, espantó a una paloma que caminaba junto a él: los dos se asustaron y en la calma se sintió observado, al alcance de ojos ocultos. La paloma usó sus huesos huecos para volar hasta la cúpula de los tribunales, donde empezaban a coser expedientes como heridas. Él, con su bolso liviano de cuero, siguió caminando hacia la costanera, bajando por el empedrado. Los pasos que daba se sucedían resignados: sus antiguos miedos, su conscripto corazón aislado, su condecorado anonimato, su adicción vacilante, su juicio endeble, sus secuelas rendidas, formaban una ristra interna que se estiraba hasta el cráneo. Caminaba hasta llegar al río.

Ahora sigue en reposo. Liviano en la noche, en su posición parece girar como un disco concluyendo y su visión fija se enrosca hasta la luna —en el 82 solo una noche pudo ver la luna, recostado en una piedra y fumando el único cigarrillo que tuvo entre sus morados dedos—. Sigue habiendo una hilera de sauces que custodia las constelaciones de sus ojos. Por un segundo todo se pone más negro que la noche; las tres marías se apagan rápido. Raudamente, todo se va encendiendo. Es como un parpadeo del tiempo, aunque él no puede parpadear ni pestañar. Una rama se enreda cerca de su oreja, pero el viento la hace seguir su camino.

Un par de días atrás caminaba pisando un declive eterno. Se buscaba a sí mismo cuesta abajo en un sendero eterno. Un mito de Sísifo inverso. La roca le pisaba los talones en su cadena de pasos chueca y sin huellas. En su andar recordaba compañeros: al correntino masticando pan en el pozo después de dos días de truenos fieros; al gringo que miraba las gaviotas y en sus graznidos esperaba revelar algún mensaje de Buenos Aires; a Juan cuando se le iluminaba la cara en cada estruendoso fulgor. Recordaba el viento violento del último día… Recordaba sus manos ateridas.

Ahora sus ojos quietos se reconcilian con la luna. Disfruta de la claridad que solo ella le puede dar, haciendo monocromático el lugar. Todo su fuselaje se endurece y se ablanda al mismo tiempo. Se queda acostado como una balsa. Ya no puede recordar ni el tiempo que lleva horizontal, siendo testigo de sí mismo. No puede aborrecer la imagen que crea su espejo. Su columna vertebral descansa, sigue tirado y solo mientras nadie se pregunta por él. Su cuerpo aplasta un ejército de hormigas rojas.

Cuando días atrás andaba, llegó al fin de las calles, tomó las vías del tren y caminó por los durmientes hasta encontrar una zona de la ribera sin gente. En la ribera de enfrente empezaba el trigo. Caminó por la vía del ferrocarril Mitre. Subió a los rieles cerca de la estación, que, sin estar abandonada, permanecía muerta. Era una estación de tren, pero había dejado de serlo. No pasaban formaciones, ni una zorra, desde hacía unos años; el Estado había llevado a cabo una desaparición forzada de ramales con su posterior e indefectible sombra en el brillo de los pueblos. Su camino al río —a unos mil quinientos durmientes de distancia— fue breve. En su visión mientras caminaba, los rieles se abrían camino, elevados en terraplenes ingleses que asomaban entre los girasoles de Van Gogh.

Con la sólida agonía de quien vive de más, se detuvo debajo de un sauce, que lo esperó crecido en la orilla. La vida se incendiaba en su estómago después de un comprimido bombardeo y el humo tóxico apestaba sus pulmones. El fuego le provocaba un ardor que se veía en las arañas rojas que le comían los ojos. Su alma muda, sin dedos para entrelazar ni rodillas genuflexas, no podía rezar. Pensó otra vez. Apoyó en el labio inferior el caño del revólver. Con la boca abierta ejecutó las amenazas que otras tantas veces les habían propinado a sus pesadillas. Volvió a oler pólvora, como allá lejos en combate. Galván cayó por su peso. Nunca pudo descongelar su pellejo.

Su alma, ahora erguida, parada totalmente vertical, Galván se ve a sí mismo con los ojos perdidos mirando el cielo y la copa de los sauces.

A orillas del río, la corriente marrón llevará su último reflejo, mostrándoselo a la bandera, y avanzará por las aguas en la noche plateada, por la luna candente. Flotará como un olvido. El cuerpo será encontrado con el rostro triste e hinchado; el rigor de la anatomía evidenciará con mayor precisión la descomposición del alma.

Debajo de un sauce quedó un bolso de cuero liviano: adentro había un prendedor militar, medicamentos, un visor de diapositiva con una vieja foto de Galván junto a un mortero de fabricaciones militares.

Fin.

POESÍAS

Primer Puesto

Obra “Soñando”

Autor: Sergio Carlos Cipolla

Departamento Judicial: La Plata

Segundo Puesto

Obra “Eso dejamos”

Autor: Leandro Chamorro

Departamento Judicial: San Isidro

SOÑANDO

Mientras soñé

con golondrinas y panes,

blancos pañuelos

y el aroma a jazmín en flor en el gran patio de todos,

por la puerta de la casa

volvió a pasar un cortejo con un muerto sin nombre.

Revoloteaban obedientes cuatro cuervos imperiales

las cabezas de los señores de la espada.

¿Qué sombra del pasado retoma?

¿Qué agrio sabor destila su lengua?

¿Qué camino los habrá rescatado?

¿Qué sangre venenosa los enhebra?

Miro y añoro,

mientras sigo soñando,

las golondrinas y panes

y los blancos pañuelos

y el aroma de jazmines en flor en el gran patio de todos.

ESO DEJAMOS

El rostro oscuro,
quieto de la muerte,
cosechado en los campos.

La ignorancia del miedo
que en el hábito de los días
nos dolía cierta mañana.

El sabor de la sangre seca
en el rincón húmedo de los sótanos.

Tu voz
que me decía cuando callaba,
hay peligro donde está la fiesta.

Las noches mudas
de cómplices ausencias,
y ese silencio,
de ellos
que también nos acercaba

todo eso dejamos
allá
esa mañana.